

con su altura corporal sus relaciones con los demás que están privados de estas ventajas. Levanta la cabeza con fiereza, con aire sério y pensativo, y todas sus actitudes indican la plenitud de sus ideas, y el alto concepto que tiene formado de sí mismo.

Si se trata de nacimiento, de clase, de fortuna ó de otras ventajas estrañas ó insignificantes que no dan al hombre un conocimiento real de su propio mérito, y cuyo goce depende del efecto que producen en los demás, entonces el exterior tranquilo del verdadero orgullo degenera en fausto, y vanidad.

Poco satisfecho de sí mismo, se pavonea, el cuerpo descansa sobre sus piernas muy separadas una de otra, los brazos y las manos se agitan, y la cabeza se dirige hácia atrás, moviéndose á veces con cierta afectacion á una y otra parte.

La vanidad no es mas que un orgullo fundado en ventajas que son inútiles para los demás. Así es que la ostentacion, el fausto, la pompa y el ornato son las señales de una vanidad ridícula; cosas todas que manifiestan que aquel hombre se estima á sí mismo, y quiere ser apreciado de los otros por meras esterioridades en nada interesante á los demás hombres en general. En esto se funda el proverbio de que «*la vanidad es la gloria de las pequeñas almas.*»

Conocida la diferencia que hay entre el *orgullo* y la *vanidad* será por demás que nos detengamos en dar reglas al poeta para hacer hablar al vanidoso y al actor para representarlo.

Coquetería.

Esta palabra de origen francés, equivale á decir mujer engañosa, que falta siempre á la verdad, porque la *coqueta* nunca la dice, ni cuándo aparenta querer, ni cuando supone aborrecer.

La *coquetería* no es un arte inocente inventado para dar mayor realce á los dones de la naturaleza, como han dicho algunos, sino un vicio fomentado por una vanidad loca, capaz de gastar el corazon sin satisfacerle.

Algunos han confundido equivocadamente la galantería con la coquetería, palabra como hemos dicho de procedencia francesa, que sirve para espresar todas las astucias del amor ó de la vanidad, á fin de escitar deseos á las personas de otro sexo, provocándolas indirectamente y afectando querer huir de las mismas á quienes se busca.

La *coquetería*, hablando con propiedad, es un arte

inventado por la falsedad, y cuya recompensa es tarde ó temprano el menosprecio.

En la mujer la *coqueteria* es un empeño y un trabajo que raras veces la abandona, del *arte de agradar*, del cual se hallan vestigios hasta en las hembras de los irracionales, como dice Descuret.

El mayor sentimiento de una *coqueta* es estar oyendo siempre elogios de otra persona de su mismo sexo.

La *coqueta* es una pérfida sirena que procura cautivar los sentidos y trabaja para hacer creer y persuadir, en particular á muchos hombres, de la fuerza y pasión con que los quiere, siendo así que interiormente, no aprecia ni hace caso de ninguno.

Tan pronto la *coqueta* aparenta pudor y reserva, tan pronto afecta cierta desenvoltura y una alegría franca y placentera. Modesta con aquellos en quienes reconoce audacia y atrevimiento, se presenta viva y animada con los que juzga tímidos, Si descubre en algunos de estos últimos una desconfianza de sí mismos, procura alentarlos é inflamar su pasión por medio de miradas animadas y gestos espresivos, hasta desvanecer todo temor y dando lugar á esperar mucho de ella.

Si por el contrario algun otro menos tímido espresa con demasiada claridad y franqueza sus sentimientos, una mirada severa y maneras frias, de que sabe servirse oportunamente, le advierten su ligereza y le hacen entrar en su deber: pero esta severidad está de tal manera modificada con una nueva superchería, que el

amante queda siempre á merced de la caprichosa volubilidad de la *coqueta*, hasta que una larga série de desengaños le advierten la doblez y falsedad con que es tratado.

Una *coqueta* es un hombre de Estado. Fenelon dice; que el desprecio sigue de cerca al amor que inspira una *coqueta*,

Las *coquetas* son unos pavos reales en sociedad, y unas arpías en su vida privada.

Nada hay tan pernicioso como una *coqueta* desocupada.

Dicen que la *coqueteria* salva á las mujeres de grandes pasiones, pero las produce terribles desengaños.

Una *coqueta* abandonada, queda mas humillada que afligida.

Nada bueno puede esperarse de una *coqueta*, decia madama de Sömmery, y Larochevoucault añadia que el menor defecto de una *coqueta* era serlo.

Una vieja *coqueta* es una estatua que busca Pigmalion.

Una *coqueta* es como un enigma que una vez conocido pierde todo el interés.

La maravilla de noche es la flor emblema de la *coqueteria*.

Una *coqueta*, dice madama Colin, puede muy bien ser virtuosa, pero nunca será inocente.

Es imposible que una *coqueta* suministre pábulo á tantas llamas, sin que caiga alguna chispa en su corazon.

amante pueda siempre á merced de la caprichosa voluntad de la coqueta, hasta que una larga serie de desengaños le adviertan la doblez y falsedad con que es tratado.

Una coqueta es un hombre de Estado. Pensemos dicho que el desprecio sigue de cerca al amor, que ninguna una

Las coquetas son unos pavos reales en sociedad, y unas arañas en su vida privada.

Nada hay tan perniciosa como una coqueta desconfiada y arrogante, y nada tan útil como una coqueta desconfiada y arrogante.

Dices que la coqueta vive á las miradas de grandes pasiones, pero las produce terribles desengaños.

Una coqueta abandonada, queda mas humillada que un soldado herido.

Nada bueno puede esperarse de una coqueta, ni de un hombre de sombrero, y la coqueta es un ser mas peligroso que el hombre de sombrero.

Una coqueta es una coqueta, es una coqueta que nunca se muda.

Una coqueta es como un cangrejo que una vez cogido no puede escapar.

La naturaleza de noche es la del ambiente de la coqueta.

Una coqueta, dice madama Colan, puede muy bien ser virtuosa, pero nunca será inocente.

Es imposible que una coqueta sea virtuosa, y es imposible que una coqueta sea virtuosa.

Las coquetas, sin que ellas lo sepan, son unas coquetas en su corazón.

Vergüenza.

La *vergüenza* es un afecto doloroso escitado en nosotros por la idea del menosprecio en que sabemos haber incurrido. Otras veces la vergüenza en el hombre es el desprecio de sí mismo, que ocasiona la idea de su propia debilidad y sin razon.

En ciertas ocasiones se mezcla el temor con la vergüenza, así como el ódio y la mala voluntad con el desprecio. La vergüenza no vá tampoco siempre acompañada del arrepentimiento, como parece habia de suceder. Puede un hombre avergonzarse sin arrepentirse, y esto sucede siempre que no ve en su propia imperfeccion mas que una debilidad, cuya ausencia seria quizá mayor defecto, y de la que solo se siente que los demás tengan una idea demasiado clara y viva.

Algunas veces la vergüenza se halla muy inmediata al temor, y por esta razon se indica con algunas de sus maneras características.

El accionado de la vergüenza, dice un autor célebre, varía como el del desprecio, segun las diferentes circunstancias; así es que unas veces nos hace huir, y otras nos pára. La ninfa sorprendida en el baño, huye poco á poco con sus vestidos recogidos, para libertarse de las miradas indiscretas del sátiro curioso.

Aquel á quien se acusa de un defecto moral, procura ocultar su flaqueza y destruir con su presencia la opinion poco favorable que de él se hubiese formado, presentándose; y segun sea mas ó menos pública su falta, mas ó menos grande su imprudencia y disimulo, y su interlocutor mas ó menos indiferente ó respetable, manifiesta el deseo de precaver el juicio poco favorable que de él pueda formarse con toda suerte de movimientos confusos y excusas mal articuladas; y por medio de una actitud fria é inmóvil, acompañada de un silencio triste y de una completa cobardía, confiesa que no puede libertarse de la afrenta merecida.

Muchas veces se observa que gentes de un espíritu limitado quedan por su vergüenza viva y merecida inmóviles como estatuas, sin poder ir atrás ni adelante. El sentimiento muy desagradable de su debilidad manifiesta, mantenido y aumentado á cada instante por la presencia del testigo, les hace desear una pronta separacion; pero al mismo tiempo les atormenta el temor de confesarse reos retirándose. Quisieran decir alguna cosa en su defensa si no temiesen agravar el mal, y añadir con excusas infundadas, nuevos motivos al desprecio que les oprime.

Esta irresolucion les sujeta en su actitud penosa y medio trastornada: conocen ellos muy bien el mal papel que hacen; pero despues de haber buscado en vano los medios de salir del lance, comienzan estirando alguna parte de su vestido, y torciendo el sombrero que tienen en la mano. Mándeseles, por ejemplo, quitar de delante, y se verá cómo obedecen aun con repugnancia y poco á poco; y aun tal vez sin moverse, aguardarán que se les eche á empellones del lugar que ocupan.

Esta obstinacion de no confesarse ni sujetarse al desprecio, dura tanto como el deseo de salir de esta situacion penosa; y es mas renitente, cuanto mas se descubre su propia debilidad, y se manifiesta de un modo mas decidido y es menos equívoca la opinion poco favorable que le resulta.

Ultimamente, una cosa hay que es superior á las fuerzas del hombre dominado por la vergüenza, por grande que sea el deseo de substraerse del desprecio. Este no puede mirar con franqueza á una persona en cuyos ojos quiere leer el juicio que hace de él; y si conoce su debilidad, en este instante le mira el través furtivamente, semejante á una espía tímida y dispuesta á la huida, que conoce el peligro que le amenaza si se le coje en el hecho, y que no tiene ni valor, ni habilidad para libertarse.

El hombre vergonzoso no ignora que su rostro en general, y principalmente sus ojos, espresan del modo mas seguro y menos equívoco el sentimiento interior que le

agita; y como le importa ocultarlo, procura no presentar al observador hábil, testigos que puedan deponer contra él. En el instante en que se ha manifestado su debilidad, fija sus miradas á tierra, y ya no tiene valor para levantar la vista hasta la de su adversario; porque por grande que sea este deseo, es mayor aun el temor de descubrirse enteramente; de modo que muestra una repugnancia invencible de adquirir un conocimiento completo de los pensamientos y del juicio de su interlocutor, que con el accionado manifiesta su desprecio con la mayor certidumbre.

Una mujer fea y coqueta teme menos hallar un espejo fiel, que el hombre dominado por la vergüenza los ojos en que aguarda ver impresos todos sus defectos de un modo tan exacto. Nada teme mas un hombre avergonzado, que se le quieran observar sus miradas: baja y deja caer su rostro sobre el pecho; su cuello se dobla como si quisiera resistir á los esfuerzos que pudiera hacer para levantar su cabeza, y aparta sus ojos tímidos ó los oculta detrás de los párpados. Todas estas observaciones justifican la máxima de Aristóteles que «*La vergüenza está en los ojos.*» El color rojo de las mejillas es otra espresion fisiológica de la vergüenza.

Avaricia.

La *avaricia* es sin disputa el vicio mas miserable y odioso de cuantos degradan el corazon del hombre. Las demas pasiones pueden al menos hallarse con algunas virtudes, ó ser excusadas por algunas buenas cualidades; pero la avaricia destruye todas las virtudes, echa á perder todas las buenas cualidades y puede arrastrar á todos los crímenes. Y con efecto, la usura, la inhumanidad, la ingratitud no son hartos á menudo mas que los frutos de tan monstruoso vicio.

La avaricia es un deseo inmoderado de acumular riquezas, hasta á espensas de las necesidades propias; deseo que vá acompañado de un temor vivo y continuo de verlas arrebatar: es una sed insaciable de oro, en el cual cifra el avariento toda su felicidad. «La avaricia guarda el oro y la plata porque, como dice Montesquieu, no quiere gastar nada; prefiere los signos de los valores que no se destruyen, y aun prefiere el oro, porque

temiendo siempre perder el dinero, puede guardar y ocultar mejor aquellas monedas que tienen menos volumen.»

San Pablo califica la avaricia de una idolatría, porque á la verdad el avaro no tiene otro Dios que su oro.

No debe confundirse al interesado y al parsimonioso con el avaro. Al interesado le gusta el ganar y nada hace de balde; al parsimonioso le gusta el ahorrar y se abstiene de comprar cualquier cosa que haya de costarle caro: el avaro ama la posesion, no hace uso de lo que posee, y quisiera poderse privar de todo lo que cuesta algo.

Encuétrase esta pasion en todas las clases y en todas las condiciones humanas.

Hay personas, dice La Bruyere, que tienen mala habitacion y mala cama, que van mal vestidas, y que están peor alimentadas, que arrostran los rigores de las estaciones, que se privan espontáneamente de la sociedad de los hombres y pasan el tiempo en la soledad; que sufren por el presente, por lo pasado y por lo futuro; cuya vida es una penitencia continua, y que de este modo han descubierto el secreto de perderse por el camino mas penoso: tales son los avaros.

La edad y las reflexiones, dice Massillon, curan de ordinario las demás pasiones; mientras que la avaricia se reanima y cobra al parecer nuevas fuerzas en la vejez.

¿Quereis conocer á un avaro? dice Descuret. Exami-

nadlo en dos actos muy importantes para él: cuando *recibe*, y cuando *dá*. Cuando le hacen un presente de algun valor, al instante su mano se abre y espande para recibirlo, su cara está radiante, sus ojos se humedecen de ternura, se estasia, y su boca entreabierta no halla espresiones para manifestar su sorpresa y su satisfaccion: entonces el avaro goza.

Muy diferente es la escena cuando se halla precisado á soltar algun dinero: sus facciones se sombrea y se contraen, su brazo se alarga lento y perezoso para contar cada moneda, que no suelta sino con mucha dificultad, y despues de haberla estrechado, como por última vez, entre el pulgar y el índice; y luego sus inquietos ojos siguen tristemente hasta vuestro bolsillo el dinero que ha debido sacar del suyo: entonces el avaro padece.

El mismo escritor ha notado que casi todos los avaros escriben mal: su letra, en general, es seca, pequeña y apretada, como si se apesadumbrara de tener que gastar tinta y papel.

El avaro, enemigo de Dios y de la sociedad, en justa compensacion llega á ser verdugo de sí mismo. Las privaciones de toda suerte que se impone, los temores continuos que le asaltan, las visiones de su imaginacion enferma, le hacen experimentar frecuentes y crueles desvelos que pronto le dejan la cara pálida, resecan sus facciones, y mas adelante producen el enflaquecimiento general del cuerpo. En un período mas avanzado vése terminar esta pasion por la melancolía, la locura y á veces en algun raro caso por el suicidio.

obediencia de los celos muy importantes para el cuando
revese y cuando de cuando hacen un presente de
algún valor, al instante su mano se abre y espando pa-
ra recibirlo, su cara está radiante, sus ojos se hanche-
cen de lágrimas, se estalla y su boca entrecierra no ha-
lla espresiones para manifestar su alegría y su satis-
faccion; entonces el ávaro coxe.

está dichoso es la escena cuando se halla precisado
a soltar algún dinero: sus acciones se sombream y se
contraen, su brazo se alarga lento y poroso para con-
tar cada moneda, que no se le sale sino con mucha difícil-
dad, y después de haberla estrechado, como por última
vez, entre el pulgar y el índice, y luego sus indicio
que siguen tristemente hasta nuestro bolsillo el dinero
que ha debido sacar del ayar: entonces el ávaro habee.
El mismo ejercicio de contar los cuartos que los de
los escudos mal: se le ve en general, es seco, podue-
ña y apretada, como si se apresurara de tener que
gastar tanta y poca.

El ávaro enemigo de Dios y de la sociedad; en ju-
ra la compensacion llega a ser terrible de sí mismo. Las
diversiones toda suerte que se impone, los temores
condiciones que le resultan, las visiones de su imaginacion
enfemen, se hacen con frecuencia terribles y crueles des-
tinos que pronto le dan la cara pálida, resaca sus
acciones, y sus miembros producen el entumecimiento
general del cuerpo. En un periodo mas avanzado vése
terminar esta pasión por la melancolía, la locura y a
veces en algún raro caso por el suicidio.

Desprecio.

El *desprecio* es un afecto de aversion que suscitan las
calidades inútiles y vituperables que observamos en
ciertas personas ó cosas. Viene á ser el efecto del orgu-
llo respecto de los demás, pues desde el momento que
el hombre ha dado en la locura de juzgarse superior á
los otros, esta misma alteracion de ideas le obliga á
mirar con desden á los demás hombres.

Muchas veces va acompañado el desprecio del ódio á
la cosa despreciada; aunque tambien puede despreciar-
se una imperfeccion que se advierte en otro, sin que
escite nuestro ódio, y sucede siempre que esta mala
calidad no puede ser perjudicial á nosotros, ni á las per-
sonas que amamos.

El desprecio se escita y manifiesta por medio de las
comparaciones que hace el hombre orgulloso ú otros en
su presencia, ensalzando las prendas en que funda su
vanidad el orgulloso, y comparándolas con las de los de-

más á quienes se procura al mismo tiempo deprimir; de lo que resulta por precision el desprecio de estos últimos.

El accionado del desprecio es la hinchazon del orgullo, y la única diferencia que hay entre estos dos sentimientos se reduce, á que el orgullo está mas ocupado de las perfecciones personales, y el desprecio de las imperfecciones ajenas.

Las demás señales del desprecio son volver el cuerpo y presentarse de lado, mirar rápidamente con fiereza y algunas veces con negligencia por encima del hombro, como si el objeto no fuera digno de un exámen mas atento y serio. Otras veces volvemos la cabeza á la parte opuesta, y de pronto le echamos una mirada desdeñosa.

Muchas veces sucede que se agrega al desprecio la espresion del disgusto, y entonces retiramos la nariz, y levantamos algun tanto el labio superior.

Cuando el que se desprecia parece que tiene una idea mas ventajosa de sí mismo, y se quiere oponer con firmeza á nuestro juicio, le medimos mirándolo de arriba abajo, inclinando la cabeza un poco de lado, como si apenas hubiésemos de ver su pequeñez: elevamos nuestras espaldas manifestando con una risa desdeñosa y compasiva el contraste que observamos entre nuestra grandeza imaginaria, y su pequeñez real. A veces contestamos á las preguntas que se nos hacen, sin volver la vista al objeto.

Una de las espresiones mas sensibles del desprecio, es no atender al interlocutor, tratar con indiferencia su persona, sus acciones, sus pasiones; ya quedándonos en una perfecta tranquilidad, ya divirtiéndonos en pequeñas ocupaciones, de modo que se le quiera hacer creer que hemos olvidado su persona y lo que le interesa, hasta el estremo de no acordarnos de su presencia.

Por esta razon vemos el grande efecto que produce en la escena cuando un actor continúa tranquilamente en sus ocupaciones, ya hojeando un libro, ya tomando tabaco con cierta indiferencia, ya ajustando el vestido, ya tarareando una cancion; al paso que su interlocutor enfurecido se desespera hablando.

Cuando los objetos que escitan nuestro desprecio son cosas inanimadas, aunque estas solo se suelen despreciar por la relacion que tienen con ciertas personas, espresamos el poco interés que nos inspiran con el ademan de quererlas arrojar lejos de nosotros, aplicando figuradamente estas espresiones á los objetos morales, á las ideas, á los sentimientos, etc.

curso de 1800 201

canzar destino superior al talento del ambicioso. La
ambicion es un crimen, y la emulacion es una virtud.
(V. lo que decimos en el artículo Justicia) por tanto el
El ambicioso, como dice Masillon, de nada sabe go-
zar, ni de su gloria, porque la halla oculta; ni de los
puestos que ocupa, porque apenas se mira a otros mas
elevados; ni de su prosperidad, porque se consume en
medio de su abundancia; ni de los homenajes que se le
tributan, porque se hallan ocultos por los que él
mismo tiene que rendir; ni de su favor, porque se le
hace amargo el tenerlo que partir con sus competido-
res.

La *ambicion* es un violento y continuo deseo de ele-
varse sobre los demás, aunque sea sobre sus ruinas. Es
una sed inmoderada de gloria, de dominacion, de gran-
dezas y de honores, y finalmente de riquezas. Algunos
no tienen más que una de estas especies de ambicion;
á otros los devoran las cuatro al mismo tiempo.

Derivase la palabra ambicion del verbo latino *ambi-
re*, que significa, ir al rededor, solicitar. Los Romanos
llamaban con propiedad *ambitosi*, ambiciosos, á los que
aspiraban á los cargos públicos, porque iban al rededor
de la asamblea, mendigando votos.

No debe confundirse la ambicion, con la noble emu-
lacion que conduce á la gloria por medio del deber.

Segun Duclós, la ambicion y la emulacion se diferen-
cian entre sí, en que la noble emulacion consiste en
distinguirse entre sus iguales y en buscar su bienestar;
al paso que la ambicion es un deseo inmoderado de al-

canzar destinos superiores al talento del ambicioso. La ambicion es un crimen, y la emulacion es una virtud. (*V. lo que decimos en el artículo Envidia*).

El ambicioso, como dice Massillon, de nada sabe gozar, ni de su gloria, porque la halla oscura; ni de los puestos que ocupa, porque pretende subir á otros mas elevados; ni de su prosperidad, porque se consume en medio de su abundancia; ni de los homenajes que se le tributan, porque se hallan acibarados por los que él mismo tiene que rendir; ni de su favor, porque se le hace amargo el tenerlo que partir con sus competidores; ni de su reposo, porque va haciéndose desgraciado á medida que tiene que vivir mas tranquilo, etc., etc.

Raras veces se hermana la ambicion con la prudencia. El ambicioso parece que no tiene sentidos, sino para alcanzar el objeto de sus deseos.

El hombre sujeto á esta pasion tarda poco en adquirir un color pálido; aproxímanse sus cejas, húndense sus ojos en las órbitas; su mirar se vuelve inquieto y receloso; sus pómulos salientes; escávanse sus sienes, y sus cabellos ó bien se caen, ó bien se ponen canos antes de tiempo. Devorado el ambicioso por una actividad incansable, está casi siempre ahogándose, como si acabase de fatigarse subiendo una montaña: aun la misma esperanza lejos de dilatar suavemente su corazon, le hace experimentar dolorosas palpitaciones, y un cruel

desvelo, etc. El término de esta pasion suele ser la melancolía.

La ambicion es una fiebre tenaz cuya marcha insidiosa, y cuyos paroxismos irregulares dan la muerte en medio de la esperanza.

Desconfianza.

Es el temor de que nos ofendan los defectos de nuestros semejantes, ó en cierta manera, la duda que tenemos acerca las buenas cualidades de la persona con quien estamos relacionados.

El hombre desconfiado duda de la veracidad de aquellas personas sobre las cuales recaen sus sospechas; así es que examina detenidamente sus palabras y sus acciones, á las cuales procura dar siempre una siniestra interpretacion, manifestando y aun exagerando los motivos reales ó imaginarios que pueda tener sobre quien recae su desconfianza, para obrar de aquella manera.

Se manifiesta la desconfianza, hablando al que se cree la ha merecido, con un cierto aire reservado. Según sea la especie de desconfianza y el carácter de la persona de quien se desconfía, se le habla desde alguna distancia, sin arrimarse mucho á su persona, observando con cierto disimulo todos sus movimientos, prin-

incipalmente los de las manos y los de su semblante.

A este es á donde especialmente mira el desconfiado, queriendo leer en él, y encontrar las señales ciertas de la infidelidad de la esposa delincuente, de la traicion del amigo desleal, etc.

Algunas veces el hombre desconfiado se esfuerza á hablar con una fingida amabilidad, y otras lo hace con cierta especie de burla ó alegría irónica, acercando el rostro al de la persona de quien desconfía, inclinándose al oído, y mirándole muchas veces sin pestañear, como si quisiera desentrañar lo que pasa en su alma.

Con estos y otros movimientos análogos, manifiesta el hombre desconfiado la agitacion en que se halla su alma, al través de la calma y confianza que á veces se empeña en aparentar, y que desconoce su corazon.

Admiracion.

En los diseños de la *admiracion* por Le-Brun se observa, que la boca y los ojos se abren, las cejas están algo levantadas y los brazos algun tanto apartados del cuerpo, los cuales, pasado el primer instante de la admiracion, caen suavemente y se unen al cuerpo: este y las facciones del rostro están sin movimiento; á todo lo cual debe añadirse la dilatacion del pecho.

Algunas veces en la admiracion de lo sublime, la cabeza está un poco caida atrás, el ojo abierto, la vista levantada, la cara se endereza toda; bien que los piés, las manos y las facciones del rostro están quietas, y si se mueve alguna mano no se dirige hácia adelante, sino arriba.

Si admiramos fuerzas corporales extraordinarias, sucede entonces que un cierto movimiento interior y de inquietud, agita en nuestro cuerpo las fuerzas que son